Sólo el blanco de los ojos y los dientes blancos de sus tan humanos habitantes mágicos.

En algunas esquinas había un tumulto de resplandores: niños jugando con su inocencia.

Los rickshaws seguían rodando igualmente sonando sus irisdiscentes cascabeles.

Yo, permanecía absorto en las profundas cercanías de un Paraíso de tenues sombras.

He escuchado por todas partes que hay un hombre solo. Tardé en darme cuenta que hablaban de mi.

Esa noche me despedí varias veces.

Ninguna de ellas podría ser definitiva.

La melancolía que se cierne en torno a cualquier adiós, pertenece al fragor de mi alma.

Es una hermana gemela.

No hay ninguna distancia entre mi yo y ella.

Ninguna.

Esta futura soledad que ya me aguarda, no me oprime, no me limita: es una leve forma de mi libertad.

Por eso no puedo dejar de despedirme, una y otra vez.

Hoy he pasado por mismo y

no me he encontrado.

Tantas veces son las que me siento un extranjero que he decidido escandalosamente comprarme un espejo.

En él, sigilosamente observé el alma quebrada en el ala de un cuervo.

Alguna vez dejaré de insistir en que para vivir hay que asombrarse de todo?

la melancolía que tu rostro tiene es la máscara verdadera de mi propia melancolía.

Lentamente la ilusión se desvanece.

Luego y también muy lentamente renace.

Esta vez, calculada, numérica, exacta, pero con la intensidad de las flores de loto que vi en un apaciguado (desde siempre) estanque, silencioso y algo secreto en las afueras de Calcuta, esta ciudad tan amada.

Cada instante tu mirada y tu recuerdo son como una carta sin estampilla que vuelve cada vez a un remitente imaginario.